

BOSTON, BAJ



Ninguna medida de seguridad les parece excesiva a las cos cerrojos, pasando por el perro guardián, cuya

CUANDO Fritz Lang realizó su famosa película «M», se basaba en un hecho real que había tenido atormentada a una ciudad entera durante cierto tiempo. El caso del estrangulador se ha repetido a lo largo de los años. Este tipo de criminal —maníaco sexual— ha quedado más de una vez en la impunidad debido a su personalidad esquizoide: bajo la capa de la respetabilidad se escondía un morboso asesino.

La consecuencia, en cualquiera de los casos, es la creación de un estado de psicosis. Se desconfía, se teme. La vida se halla condicionada por ese impalpable pavor. Las relaciones con los demás se hacen tirantes; se asiste, en fin, a una serie de situaciones de «emergencia» que acaban convirtiéndose en habitual lo que en circunstancias normales se consideraría insólito.

Algo de esto ha pasado en Boston, ciudad tradicionalmente hospitalaria. La serie de estrangulamientos en cadena se viene produciendo desde 1962. Las víctimas son siempre mujeres. No es extraño que las damas bostonianas hayan convertido sus casas en fortalezas...

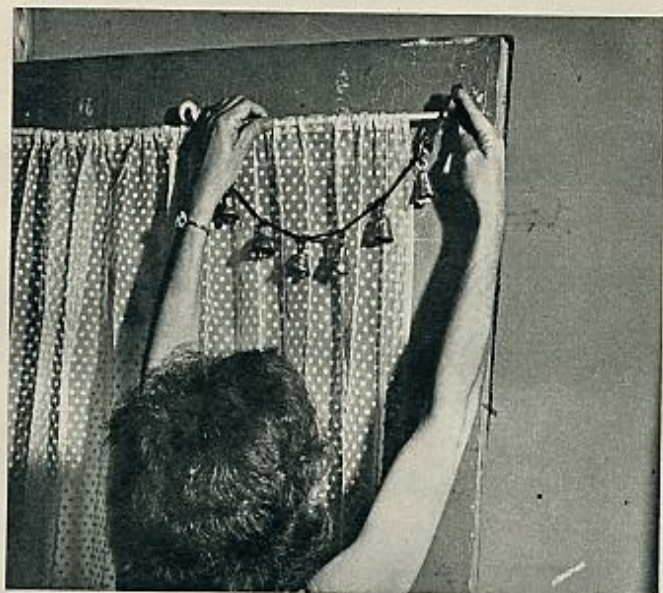
Desde hace seis meses no se ha producido ningún nuevo atentado. Pero todavía las amas de casa, las adolescentes, las mujeres que por cualquier razón tienen que permanecer **SIGUE**

CERRANDO EL PASO AL ASESINO



lomas bostonianas. Desde los botes sembrados en la escalera interior hasta los más científicos se ha incrementado enormemente. Entradas y salidas son rigurosamente controladas.





Cuando llega la hora de irse a la cama, o el momento de quedarse solas en casa, las mujeres de Boston utilizan toda clase de recursos, que les garantizan la tranquilidad y la alarma en caso preciso: mirillas en las puertas, cierres de seguridad en las ventanas y hasta la clásica campanilla...

CERRANDO EL PASO AL ASESINO



Los cerrojos de seguridad, que no faltan en la puerta de ninguna moradora en la «ciudad del estrangulador», no son considerados por muchas de ellas como protección suficiente y, para precaverse mejor, colocan ante la puerta bien sea sillas en equilibrio inestable, bien pesados sofás que impidan la entrada sin ruido.

algún tiempo solas en sus hogares, mantienen un saludable y preventivo régimen de sospecha en relación con cualquier persona desconocida.

Una organización denominada «Women's Auxiliary of the Veterans of Foreign Wars» —Socorro Femenino de los Veteranos de Guerras Extranjeras—, se ha preocupado principalmente de dar la voz de alarma, no sólo a sus propios miembros, sino al público en general, previniendo del peligro existente y proporcionando información y medidas sobre la forma más eficaz de enfrentarse a él.

A la llamada de atención de esa entidad han respondido diversas organizaciones, así como las propias interesadas, naturalmente. Los almacenes y ferreterías han sido los que han recibido la mayor demanda de encargos. La venta de candados y demás elementos de seguridad ha aumentado considerablemente. Hay personas, en exceso

precavidas, que añaden dos o más candados al que ya tienen instalado en su puerta. Se están vendiendo más perros guardianes que nunca. Y en una armería local se dan clases de defensa personal que reúnen a una gran cantidad de personas.

Pero, como siempre, la iniciativa privada va más allá de los organizados planes de precaución colectiva. Desde la ventana con un complicado dispositivo eléctrico hasta el cordón de campanillas —que recuerda el artilluglo de nuestras tiendas de unos años atrás—, se utilizan todas las argucias imaginables para prevenir la entrada de un desconocido que pudiera ser el temido estrangulador. Cuando alguien llama a la puerta, antes de abrirla se somete a una rigurosa identificación al visitante: hasta los repartidores de las tiendas tienen que presentar una tarjeta para que se les permita la entrada. Y la tarjeta la introducen por

debajo de la puerta, condición indispensable para franquearles la entrada.

El control de las investigaciones está a cargo del fiscal general de Massachusetts. Aunque es de presumir que el manfaco esté todavía en libertad, no se ha registrado ningún otro caso de estrangulamiento desde que el Estado tomó cartas en el asunto. La primera víctima fue encontrada en junio de 1962: una mujer de cincuenta años. Otras pocas que le siguieron eran todas mujeres de edad, pero las cinco últimas eran menores de veinticinco años, excepto una.

Lo que es evidente es que mientras el estrangulador, o los estranguladores, continúe en libertad, Boston seguirá pareciendo una ciudad sitiada, agarrada en sí misma por el terror de un hombre.

(Fotos CAMERA PRESS - ZARDOYA)